

7A

18

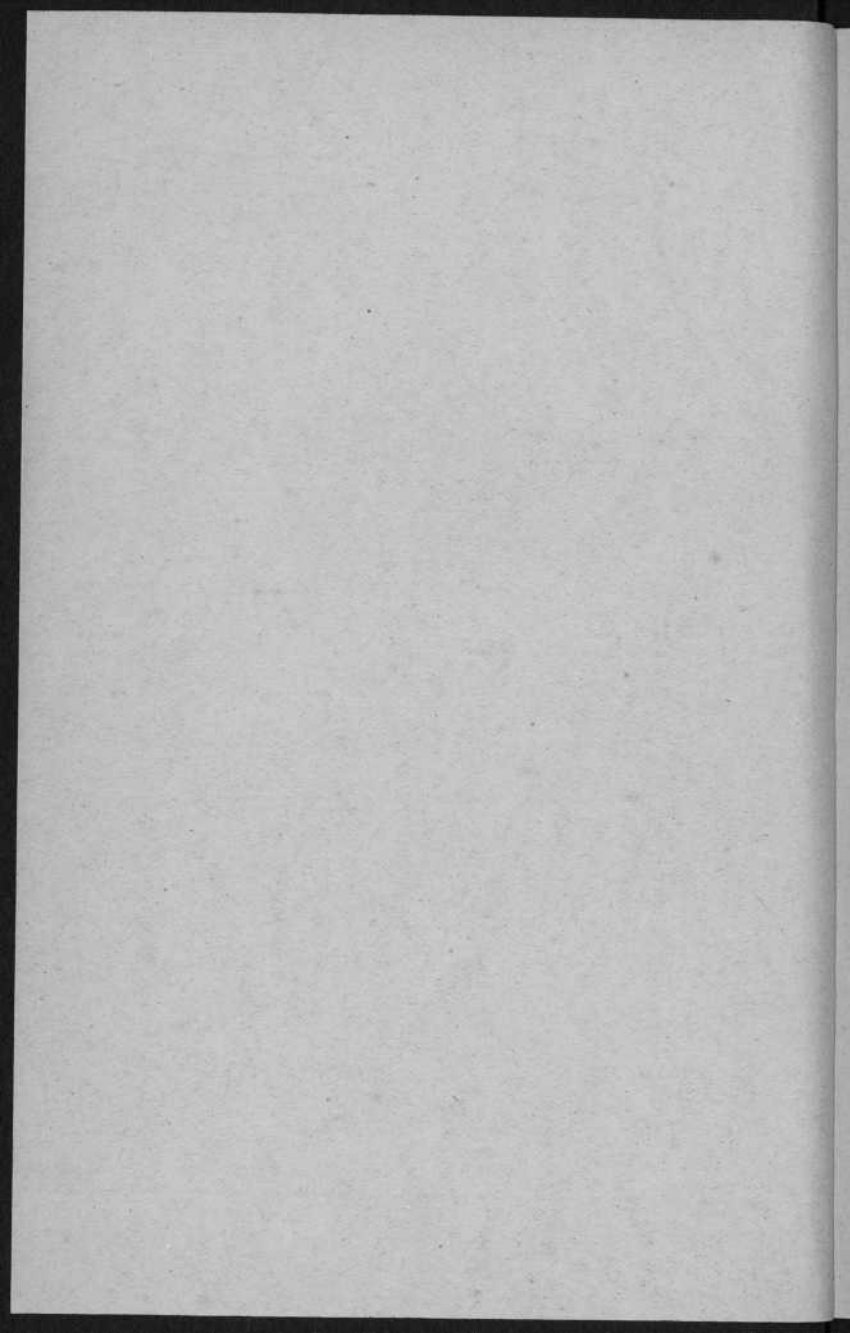
19

20

000

15800  
~~15800~~





173

# Los Monjes y el suelo Pátrio

THE LIBRARY

OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

540 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637

R-9007

Las Monjes

Y EL

Suelo Pátrio

FOR

Antonio García Maceira



SALAMANCA

Imprenta Católica Salmanticense

1893

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title.

Second block of faint, illegible text.

Main body of faint, illegible text, appearing to be several paragraphs.





## ADVERTENCIA PRELIMINAR



**C**N hombre ilustre, el Conde de Montalembert, apoyado en los concienzudos estudios de los Bolandistas y en las crónicas de la orden de San Benito, llamó, hace años, la atención del mundo sobre la misión civilizadora de los monjes, y sobre sus potentes trabajos en el suelo de la antigua Francia. La palabra elocuente y simpática del escritor cristiano, interesó profundamente á todos, aun en medio de aquella nube de errores y de falsedades que

una impiedad grosera é indocta había arrojado á presas y con furor satánico sobre la gloriosa historia de los heróicos soldados de la civilización cristiana.

En aquella obra, sin embargo, solo se consagra un brillante capítulo á la lucha formidable de los monjes en el suelo de la antigua Gaula, y á los trabajos de rompimiento de sus selvas, estableciendo en ellas los primeros cultivos.

Leyendo más de una vez aquellas interesantes páginas, concebimos el pensamiento de bosquejar los trabajos no menos meritorios de los anacoretas y monjes españoles en nuestro suelo, y sus valiosos esfuerzos en beneficio del cultivo nacional.

Tal es el origen de este humilde trabajo, dónde seguramente lucha pobre, pero noblemente, nuestro deseo con la dificultad de la materia, y nuestra pequeñez con la grandeza del asunto.

Extenso y poco frecuentado el dominio, es disculpable á nuestro escaso brío que, en vez de un cuadro completo y animado, haya logrado trazar solamente, con debil pulso y mano temblorosa, un borroso y mal delineado boceto.



[Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title area.]

[The main body of the page contains several paragraphs of extremely faint, illegible text, which appears to be bleed-through from the reverse side of the paper.]



# I

## Los primeros esfuerzos

1. Primeros monjes.—2. Anacoretas.--
3. Nacimiento de la población monacal.--
4. Regla de San Fructuoso.—5. Los monjes del Vierzo

**Q**UE existieron monasterios en España desde remota época y eremitorios en lo más fragoso de los montes, es de todo punto indudable.

Según San Ildefonso, el monje griego Dumio, que pasó de Italia á Galicia, edificó monasterios cuando los suevos reinaban en aquella parte de España, escribiendo además un libro dirigido al rey Miro,

Otro monje, Donato, entró en España el año de 469, siendo rey Liuva, fundando con setenta compañeros un monasterio cerca de Játiva.

Afirman también los historiadores que había un monasterio entre Cartagena y Valencia, dedicado á San Martin, en el cual penetró el ejército de Leovigildo, dando muerte á los religiosos y salvándose el anciano Abad milagrosamente.

Es sabido también que el monasterio de Cardeña, situado á legua y media de la ciudad de Burgos, se fundó el año de 537, habitándolo los primeros monjes benedictinos que pisaron nuestro territorio. Al menos, la tradición cuenta de este modo el origen de aquella célebre casa, abriantada más tarde por la virtud de San Sisebuto.

«El infante Teodorico, hijo del rey de Italia, cansado de las fatigas de la caza, se sentó junto á una fuente que

llaman «Caradignes.» Habiéndose quedado dormido, despertó al poco rato sobrecogido de accidentes que le quitaron la vida. Advertida la reina, su madre, dió orden de que se sepultase en la ermita, con ánimo de fundar un monasterio de la orden de San Benito, á cuyo efecto envió á pedir al Santo algunos discípulos.»

2 Es, pues, indudable que una porción escogida de hombres, ansiosos de paz para su espíritu y enamorados de la contemplación solitaria, llegaban en los siglos v y vi á los sitios más áridos y agrestes de las montañas españolas, y se perdían en desiertas selvas, sin más armas que la cruz santa, el bordón para sostenerse en las pendientes, el anzuelo para buscar en los rios y charcas alpinas el sustento, y el morral á la espalda, repleto de libros de oración y de estudio. Aquellos ermitaños humildes convirtieron las cuevas de las peñas en ora-

torios, y luchando briosamente con la naturaleza, la amansaron y pulieron, alzando una morada permanente en lo que ántes parecía solo áspero dominio del huracán y de la nieve. Con el trabajo de sus manos, y algunas veces descalzo, alzó un solo hombre, inflamado por la fé, muralla dura para desviar el torrente, pequeño templo á Dios, ó huerto lleno de sombra, donde recoger pudiera las legumbres, su único sustento, aderezadas sin aceite ni grasa alguna.

Las mismas fieras se humillaron á la potente presión de aquellos hombres admirables, que, deseando esparcir la civilización por el mundo, comenzaron desde las montañas su obra grandiosa, para rodar más tarde á los valles, como ruedan los rios que los fertilizan y fecundan.

A San Fructuoso le sigue una cabra montés, como leal perrillo, por la



quebrada serranía del Vierzo, y dos grajas, encariñadas con el célebre anacoreta; á San Cuntberto, en la isla, le obedecen los pájaros marinos, respetando sus siembras y plantaciones; á San Froilán, en las montañas de León, sírvele humildemente un lobo para acarrear las alforjas y los libros por las sendas de la sierra; á San Millán, anuncianlo con hermosos cantos los pajarillos de la selva, buscándolo en los escondidos sitios donde arrodillado rezaba; y á San Gil de Casayo, anacoreta de la serranía de Sanabria (Zamora), le acompañaba un gamo por las quebradas y derrumbaderos de aquella áspera montaña. Este trabajo de domesticación de los animales, ha dicho el conde de Montalembert, es uno de los episodios mas interesantes de la misión civilizadora de los antiguos cenobitas.

En casi todas las vidas de los santos anacoretas hay un animal, ó varios,

que abandonan la selva, y duermen á los pies del eremita, ó le ayudan en sus faenas, ó le protegen y defienden y acarician, deponiendo su rusticidad y su bravura, hecho que se ha explicado por la huida á los montes de los animales domésticos, después de aquella inmensa desolación y ruina de los bárbaros al caer sobre la civilización romana, y por el trabajo de los monjes, condensador de la vida dispersa, y, por consiguiente, utilizador diestro de aquellos animales, que vuelven al dominio humano, tras largo espacio de libertad y de abandono (1).

Es, en efecto, maravilloso el contemplar que ni uno solo de los eremitas y solitarios, viviendo muchos en la cueva natural del peñasco ó en la hoquedad del árbol carcomido, fué víctima jamás de los animales salvajes,

---

(1) Les Moines d'Occident par le comte de Montalembert, Tomo II, página 445.

abundantes en los primeros siglos en la parte alta de las montañas españolas, cerradas por el bosque y la maleza.

Eso solo se explica por la vigilancia y ayuda de animales domesticados, asiduos y valientes defensores de la preciosa vida de los religiosos anacoretas. De otra suerte, muchos solitarios es seguro que hubieran sido víctimas de la voracidad de los lobos y de los osos, especialmente en los inviernos crudos, cuando la nieve ciega las sendas que conducen al valle y los hielos petrifican la corriente de los ríos y de los arroyos.

La acción constante é inteligente de los ermitaños trocó la vida, allí donde más potente y bravía se muestra, en las montañas, y mudó los sitios en que solo se escuchaba el aullido temeroso de los animales salvajes, en lugares sosegados, apacibles y risueños, desde los cuales las dulces plegarias y los himnos de alabanza al Todopoderoso no

cesaban. Nunca, ha dicho Weiss, tuvo el cristianismo manifestaciones más humildes; pero jamás gozó de una virtud más robusta y fecunda.

La santidad de los eremitas y solitarios cundía por los campos, propagábanse sus sacrificios, sus desvelos y sus meritorios trabajos, y otros hombres iban á disfrutar del calor de su doctrina y á estrecharse á ellos con amor entrañable.

La fé poblaba las cimas de los montes, las laderas abruptas, los páramos y las mesetas áridas de las cordilleras, y el ermitaño se trocaba, con el tiempo, en jefe de una colonia religiosa, que se consagraba con ahinco á la oración y al trabajo.

3 Así nacieron multitud de monasterios españoles, así brotaron en nuestro país las casas de oración fundadas por Dumio, San Donato y San Victoriano; así se crearon los antiquísimos

conventos de San Pedro de Montes, de San Millán de Suso y de Santo Domingo de Silos.

Hoy que tanto se habla de población rural, hoy que tanto se busca por el camino de la ley y del privilegio el modo de fundar la colonia agrícola y de llenar los vacíos del territorio, sin conseguirlo jamás, ¿no es de maravillar la valentía de aquel puñado de hombres que, sin más defensa que su fé, escala en los primeros siglos las montañas más agrestes, para disputar al torrente su dominio y á la fiera su guarida? ¿No es pasmoso el ver cómo engrandece Dios el afán y la constancia de aquellos primeros soldados de la civilización española, que rompen montes, plantan viñas, visten yermos y extienden ricos pomares por las pedrizas con una destreza jamás sobrepujada? Y, sin embargo, el hecho es fácilmente explicable:

aquellas colonias no eran solo un conjunto de hombres que al rayar el día caían perpendicularmente sobre la tierra para desmenuzarla, abonarla y vestirla; aquellos eremitas y monjes eran brazos acrecidos por un pensamiento superior, fortificados por una esperanza de inmortalidad, por una potencia maravillosa de adhesión y de fé, que la fría y descreída ley moderna del Estado no puede inocular en el alma del trabajador de la tierra.

Los que creen que la potencia moral nada vale, los que suman solo fuerzas físicas para remover resistencias y estorbos, los que se ríen de toda creencia sobrenatural, porque de ella no pudieron jamás deducir su equivalente en trabajo mecánico, se maravillarán al contemplar la obra de un puñado de hombres en muchas montañas españolas.

Y es porque aquellos ermitaños y

cenobitas hacían del trabajo, del sufrimiento, de las contrariedades y del martirio, flores olorosas de una corona celestial, que con anhelo vehemente se esforzaban por merecer y ceñir más allá de la vida.

4 En la regla de San Fructuoso, que, aunque la misma de San Benito, se halla acomodada á las condiciones del monasterio de San Pedro de Montes en el Vierzo, se vé con claridad la destreza de los religiosos en el gobierno de las cosas del campo.

El Abad era el superior; pero el jefe de la labranza y de la hacienda era el Prior, que delegaba todo el detalle en el Cillerero (Mayordomo). Había también un religioso, mayoral del monasterio, que corría con la cuenta de los ganados, y cuidaba de ellos, y se entendía con los donados y trabajadores. San Fructuoso, para ennoblecer este oficio, importante en aquellas antiguas

casas de labranza á la par que de oración, recuerda en su regla que los patriarcas del Viejo Testamento guardaban ganados, haciendo vida muy santa y agradable á Dios. Pero esta organización no brotó más que con la afluencia de monjes á las casas y con la importancia de los legados de reyes y de señores. En un principio, los santos fundadores, solos ó ayudados por un puñado de hermanos, hicieron verdaderos prodigios y supremos esfuerzos.

5 El Vierzo fué uno de los puntos de España donde se manifestó con más pujanza la labor de los monjes, comenzada por San Fructuoso, que, á la mitad del siglo vi, abandona su brillante posición y los sueños de la edad florida, para encerrarse en aquellas montañas, cubierto con toscas pieles de cabra.

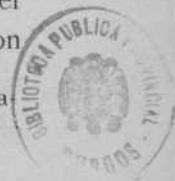
Es el Vierzo una gran cuenca ó valle, cerrado al norte por los ramales de la cordillera astúrica, al oeste por



los puertos y sierras de Cebrero y Aguiar, que lo separan de Galicia, y al éste por los montes de Foncebadón y Rabanal, que se reúnen y juntan al mediodía con las sierras de Cabrera y Sanabria. Este espacio, de una extensión de 134 leguas cuadradas, fuera un inmenso lago, dada la abundancia de arroyos y de ríos que se deslizan á los valles y vegas desde sus elevados contrafuertes, si el río Sil no embebiese en su cáuce todos los afluentes, abriéndose paso por el S. O. hacia Galicia (1).

Este territorio del Vierzo fué uno de los más prósperos y animados de España durante la dominación romana. Las arenas auríferas del Sil y de sus afluentes llenaron el valle de pueblos y caseríos. Plinio lo dice: después de haber escudriñado los romanos con el mayor detenimiento el país, apuraron

(1) Coello.—Reseña geográfica de España, Anuario de 1858...



los sitios más productivos, sacando de ellos grandes riquezas.

De aquella potente industria aun queda en el suelo un indiscutible testimonio en las altas *murias* de las Médulas, y en los cauces que conducían al río Cabrera desde su mismo nacimiento por laderas y pendientes (1). La ruina de la civilización romana dejó destruida por entero la vida del Vierzo, donde la industria había absorbido, como más potente, todas las energías.

El terreno pizarroso y pobre reduce el cultivo á la estrechura de las vegas. En lo restante del suelo solo la azada puede ser instrumento apropiado para la labor de terrenos en pendiente, rellenos de grava y cantorrales. El lujo y el colorido de la vegetación no es, pues, allí signo de poder y de fecundidad, sino eflorescencia perezosa y re-

---

(1) Prado.—Reseña geológica de la parte occidental de la provincia de León.

bosante, bajo un cielo húmedo, tibio y blando.

De suerte, que, al llegar los monjes al Vierzo, entraron en un mundo arruinado y en un país virgen á las sólidas conquistas del cultivo. Esto explica la obra meritoria de San Fructuoso, que se retiró primero al monte Foncebadén, junto al nacimiento del Molina, alzando allí un monasterio, el más antiguo del Vierzo, dedicado á los santos Justo y Pastor, y denominado de Compludo. Fundó más tarde, internándose al S. O. y á las márgenes del río Oza, el monasterio de San Pedro de Montes, y huyó, por fin, enamorado de la soledad y del apartamiento, al extremo occidental del Vierzo, á las montañas de Aguiar, fundando la casa de San Felix de Visonia, como entonces se llamaba el río Selmo.

Facil es comprender los grandes sufrimientos del esforzado anacoreta, perdido tanto tiempo en los derrumba-

deros y crestas de una serranía quebra-  
dísima, elevada y fría, pues sus picos se  
alzan á 600 y 700 metros sobre el valle  
del Sil, que limitan y cierran.

Si las montañas son hermosos pun-  
tos de vista, cuando los valles que de-  
marcan les prestan una densa faja de  
follaje, como allí sucede, también son  
horribles y temerosas cuando las cubre  
un manto de hielo. Entonces reina un  
silencio espantoso en la vasta extensión  
de los valles y de las sierras, unifor-  
mente blancas; el cielo gris se con-  
funde con el horizonte denticulado de  
las cimas; con frecuencia se agitan las  
nubes en rauda torbellino, azotadas  
por la tormenta, y las avalanchas se  
hunden mugiendo en las simas estre-  
llándose en las rocas. En medio de esta  
naturaleza inhospitalaria, el anacoñeta,  
acurrucado en el fondo de la cueva  
escondida del peñasco, es un ser ex-  
traordinario y solo comprensible á la

luz brillante de la religión, que trueca en las almas grandes los mayores sacrificios y penalidades en esperanzas risueñas de eternos goces.

San Valerio, anacoreta del Vierzo y biógrafo de San Fructuoso, nos dejó en sus obras reseña de sus penalidades en la alta roca en que vivió algunos años, entre Astorga y Pedroso, sitio azotado por la nieve y el huracán. El santo pondera los grandes fríos que pasaba, hasta que la madre del muchacho Bonoso, á quien había instruido, le dió, en recompensa, la capa de *Chamelón* ó pelos de cabra, impermeable al agua; otro pobre religioso que le acompañó allí algún tiempo, no pudo resistir la aspereza del temporal, y murió, dejando al Santo con la aflicción duplicada de tener junto á sí el cuerpo muerto y verse él en vísperas también de morir, efecto de lo riguroso del clima.

Todos estos grandes anacoretas, sin

embargo, soñaban, cuando salían de la selva, con sus erizadas cimas, con sus angostos barrancos y con sus hondas grutas. Y es porque la montaña con sus huracanes, sus tormentas, sus nieves y su gigante agitación, tiene, como el mar, sus héroes y sus amantes. El mar, ha dicho Michelet en un libro escrito con genial inspiración, encariña de tal manera á los hombres que por largo tiempo se confían á sus peligros, que no les es dado abandonarlo jamás.

Los discípulos de San Fructuoso cubrieron de monasterios aquellas sierras del Vierzo, que describe el referido San Valerio, abad de San Pedro de Montes, después de la muerte de San Fructuoso.

Aquellas montañas vistiéronlas los monjes de viñas, de huertas, de pomares y de plantíos de frutales. Por todas partes, dice Valerio, se veían olivos, tejos, laureles, pinos, cipreses, tamarices,

arbustos y emparrados, que con su sombra, y el río con su murmullo, las orillas con sus lirios, rosas y yerbas floridas, hacían todo el sitio un paraíso.

También añadió el santo, junto al ensanchado átrio del monasterio de San Pedro, un pequeño huerto lleno de árboles (1).

En casi todos los plantíos y parteres de los conventos, se propagaba el tejo, amante, como la vid, de las laderas, símbolo de la inmortalidad y dócil á la tijera. Siempre en individuos aislados, formaba bosquetes en la Edad Media al pie de los monasterios y castillos, por ser madera utilísima para arcos y balistas.

La edad moderna, ha dicho Burckhardt, no *tiene tiempo* para esperar el desarrollo de este árbol.

La invasión sarracena redujo á es-

---

(1) Florez.—España sagrada, Tomo 16, páginas 340 y 341.

combros la vida monacal del Vierzo, que restaura y renueva San Genadio en el año de 895.

Reseñando en su testamento sus afanes en San Pedro de Montes, dice así: «El antiguo monasterio estaba cubierto de carcas, maleza y grandes árboles; pero con la ayuda del Señor y de doce monjes mis hermanos, hice edificios, planté viñas y pomares, aboné la tierra, hice huerta y aderecé lo que parecía conveniente á la necesidad del monasterio.»

Y si este trabajo de suspensión del cultivo en aquellos sitios los llenó de considerable vegetación espontánea, cuando á ellos llegaba el santo monje restaurador, júzguese del estado de aquellas selvas en aquel primer período de la vida monacal del Vierzo.

El roble, con sus cundidoras raices, formaría entonces espesuras impenetrables, y un monte bajo lleno de fuerza



y de vigor, cubriría, cual espesa maraña, las rocas de las cimas y de las laderas.

Los espinos, los lentiscos, las aliagas, los aligustres y las carpazas formarían setos naturales é impenetrables en las grietas de los peñascos, entretejidos de hiniestas, de yedras y de madreselvas.

En la orilla de los arroyos y en las quebradas y barranqueras de los manantíos, bóvedas de verdura ocultarían las aguas, entretegiéndose naturalmente los durillos, las mimbreras, los maderos y los sanguinos, sobre cuyas ramas la *yerba de pordioseros*, guirnalda de las aguas silianas, prolongaría sus sarmentosas ramas, haciendo brillar sobre aquel vivo, variado y tupido fondo verdoso los copos de algodón de sus nevados carpelos.

Limpiar aquellos suelos, desbrozarlos, limitar la espontaneidad viciosa de la selva primitiva, constituía un trabajo

meritorio, rudo y difícil y un paso gigante para el establecimiento de la población y del cultivo. Esa obra, pues, es la que realizan los anacoretas y monjes del Vierzo, y en la que persisten aun después de aquella desolación de la invasión mauritana, renovadora de las desgracias y miserias de la irrupción de los bárbaros.





## II

### El trabajo rural de los Monjes

1. La labor y la fé.—2. Espectáculo edificante.—3. Fecundidad del trabajo.—4. Fuerzas de atracción.—5. Población de las islas.—6. El templo en la selva.

**L**A vida monacal del Vierzo vistió las laderas de Foncebadón y los bermejas de Sierra Guiana de viñas y de pomares, y cubrió con un cultivo diestro las estrechas vegas del río Cabrera, aprovechando aguas, alzando cercas y levantando muros de contención de tierras en las pendientes precipitadas.

La primavera vestía de flores aquellas cimas, revelando el orden que al cultivo imprimía una mano diestra, y el otoño sazónaba abundantes frutos, que encorvaban las verdes ramas de los árboles.

Los confusos rumores de los montes; el ruido del viento en los castañares de las laderas bajas, que se dilataba temblando, repetido en los huecos de los peñascos; las mil voces misteriosas, que, como himno á la Divinidad, levantaba el sol al nacer y al morir, y el balido de las ovejas en las majadas, se confundían con el túbme grave de la campana de los monasterios y con el cadencioso choque de las aguas del Sil en los peñascos del cáuce, para producir un sonido dulce, vago é indefinible, como las últimas notas de un canto lejano.

Las aguas, los bosques, las aves, el espacio, parecía que entonaban un himno de alabanza al Autor de la Natura-

leza, himno que subía, como nube de aromoso incienso, hasta la cúspide de las montañas.

El monje compraba esta contemplación religiosa y profunda con el más violento trabajo. A cada paso se detenía y encorvaba en la ladera, imponiéndose con la azada ó el arado la más ruda gimnasia. El sudor que vertía, le recordaba su pequeñez, y la naturaleza, con sus grandiosos espectáculos, su poder, su fuerza indomable y su eterna metamorfosis, le revelaba el consolador secreto del espíritu: la inmortalidad.

2 Era un espectáculo verdaderamente edificante el mirar en el término, á veces extenso de los monasterios, el trabajo rudo é incesante de los monjes.

Después del rezo y de la meditación, que anunciaba diariamente el toque de la campana á las dos de la madrugada, los monjes y novicios se encaminaban

hacia las heredades, envueltos en las primeras luces del día. El trabajo se dividía y subdividía con admirable orden, trillando unos, segando otros, y arando ó plantando según las épocas del año.

Los religiosos guardaban silencio durante sus trabajos manuales, y aunque la huella del cansancio señalase sus rostros, jamás sus manos se rendían al peso de la fatiga. Aun en medio del calor más abrasador los benedictinos no bebían hasta que llegaban al monasterio, donde lo hacían en común y á una misma hora.

Y apesar de tan duro trabajo y de tanto ahinco como supone el rompimiento de terrenos vírgenes, la cava de suelos llenos de rocas y la labor de grandes extensiones robadas á la selva, los monjes no comían más que legumbres, frutas secas y peces en ciertos días de la semana (1).

---

(1) He aquí la prescripción de San Benito

Ni los fríos les hacían aumentar el abrigo, ni los calores disminuirlo: siempre llevaban pegada á las carnes la túnica de estameña, y siempre sobre ella la tosca saya de paño de buriel.

Vida, en verdad, llena de privaciones, de estrecheces y de sufrimientos, de constante mortificación y de sacrificio, que, al gravitar sobre la tierra, hacía brotar manantial copioso de bienes, de fecundidad y de hermosura.

No parecía sino que Dios, sensible á la virtud de la fraternidad, de la adhesión, del sacrificio mútuo y del trabajo, aromatizado por la oración, derramaba en los surcos los gérmenes misteriosos de la abundancia.

La campana, que anunciaba el espirar del día, apartaba á los monjes del

---

respecto al trabajo manual de los monjes.  
*Tunc vere monacalessunt, si labore manuum  
suarum virunt sicut et Patres nostri Apostoli*  
(Regula C. XLVIII.)

trabajo, y asociábalos de nuevo en la oración, fijos sus ojos en las doradas orlas con que el sol pinta las nubes en el ocaso.

Mas tarde, y á paso lento, con la azada sobre el hombro, cuando ya las sombras borraban las azuladas perspectivas de las montañas y envolvían la alegre y verde alfombra de las vegas, los religiosos se encaminaban hacia el convento, agobiados por las vivas punzadas del cansancio, recordadoras de las débiles y quebradizas cadenas de la vida.

3 Todos han reconocido que los dominios conventuales cultivaban el suelo con mejores métodos y con mayor destreza que la corona y la nobleza,

Esto tiene una fácil y sencilla explicación.

En primer lugar los monjes estaban elevados extraordinariamente sobre el nivel de la general cultura. En



los monasterios se cultivaba todo, y todo con fruto. Por eso San Gerberto inventa los relojes de agua á principios del siglo x, y otro monje inventa la pólvora; otro del monasterio de Oña, Pedro Ponce, tras larga y pacientísima labor, enseña á los sordo-mudos (1), el benedictino Ametller inventa la sembradora, y Feijoó, también benedictino, pasma por los conocimientos agronómicos en el discurso doce del tomo VIII de su Teatro crítico. En segundo lugar, los monjes vivían sobre el dominio que explotaban, observándolo constantemente é invirtiendo en él la mayor parte de los rendimientos. Hombres llenos de humildad, que vivían cercados de privaciones, en las que cifraban su salvación, desdolidos en todo é inflamados por una ardiente caridad, su labor era poderosa y asidua, y los rendi-

---

(1) Fr. Antonio de Yepes.—Crónicas de la orden de San Benito

mientos arrojábanlos en gran parte sobre la tierra, ó los repartían generosos entre los pobres y desvalidos (1).

Se explica así, por la presencia en el cultivo del dueño, lo enérgico y viril del empuje, la distribución racional de las fuerzas y el aprovechamiento diestro y celoso de toda clase de recursos.

Este axioma del cultivo, que arrolló la vida moderna, levantando terrible la esfinge del *absenteismo*, ya lo proclamó bellamente nuestro Quevedo, diciendo:

Mas fertilizan mi heredad mis ojos  
Que el Mayo que las lluvias no resista;  
Pues con el beneficio de mi vista,  
En espigas reviven mis rastrojos.

4 De igual modo que al pie de las cuevas de los anacoretas llegaban otros

---

(1) El monasterio de San Pedro de Eslonza era una verdadera alhondiga para los pobres y menesterosos. En años de hambre, según las memorias del convento, sustentaba la casa diariamente 400 pobres.

(Yepes. O. c.)

hombres, que, admirados de su santidad, socorridos en sus dolencias ó aconsejados en sus cuitas se abrazaban á ellos con amor entrañable, siguiéndolos en su áspero camino de sacrificios, así mismo al pie de los monasterios concurrían multitud de peregrinos, para admirar la frondosidad de los huertos y vergeles, la hermosura de los jardines y la riqueza y labor de las heredades.

Por esta fuerza de atracción y de simpatía fueron frecuentados los más agrestes lugares; de esta suerte fué condensando el poder de la fé y de la caridad, en torno de los monasterios, gentes dispersas por la guerra y la inmensa desolación de la conquista; por este medio se realizó el movimiento concentrador y amoroso de las gentes; así se fundó otra vez el pueblo destruido y la nacionalidad deshecha.

De tal suerte se explica que el mo-

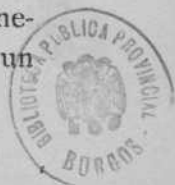
nasterio fuera el núcleo del pueblo y que las gentes se avecindaran en sus cercanías como centro robusto de vitalidad y de energía.

San Vicente del Pino fué el principio de la villa de Monforte, que se edificó en heredades del convento en el año de 1074. Santo Domingo de la Calzada era un desierto que trocó en pueblo populoso la devoción al santo. Villafranca en el Bierzo se formó alrededor del hospital, hecho para los peregrinos franceses que pasaban á Compostela. Al lado del monasterio de Sahagún creció tanto el vecindario, que llegó á ser, dice Sandoval, uno de los lugares más señalados del antiguo reino de León. El monasterio de Aguilar de Campo, fundado en el año de 829 por Opila, fué el núcleo del pueblo. La villa de Santillana se formó por el monasterio allí consagrado á Santa Juliana, y el monasterio de San Victoriano en

Aragón, fué causa de que se poblase el valle de Nocelas, que destruyeron más tarde los moros.

Con razón, pues, afirma Munstero en su Cosmografía que las poblaciones se edificaron al lado de los monasterios y por los monasterios.

Al estudiar las fuerzas de agrupación que latían en torno de las instituciones monásticas y del trabajo conventual, resalta desde luego un elemento poderoso de adhesión: la humildad, que subyuga el espíritu de las gentes y le avasalla dulcemente. San Alovino, conde de Asbania, vive largo tiempo en el hueco de un haya carcomida de las montañas de Flandes, alimentándose de yerbas y de raíces de árboles silvestres; San Genadio abandona el obispado y se oculta en las cuevas de Peñalva, allá en el nacimiento de un afluente del río Oza; el P. Cadete, hijo del general Acebedo, duerme en el hueco de un



alcornoque del desierto de Batuecas, y reclina su cabeza en una dura piedra; San Fructuoso, el pobre anacoreta de la cueva de Rupiana, era de sangre real y de una familia opulenta. según declara el rey Chindasvinto en el privilegio otorgado al monasterio de Compludo, y San Adelardo, primo de Carlo-Magno y sobrino del rey Pipino, cava en la huerta del convento de Corbeja, donde se ejercitaban los novicios, descubriendo con cada golpe de azada una mina de merecimientos.

Sobre todos estos lazos, aun brillaba otro con más intensa luz: en la vida de muchos santos anacoretas y monjes constan multitud de milagros, que entonan con un resplandor celestial muchedumbre de trabajos rústicos; ya destruyendo los contratiempos de la siembra ó de la siega, ya abonanzando la crudeza de los temporales, ya, en fin, acreciendo de súbito, en una necesidad, las

labores ó colmando las paneras, bodegas y hórreos.

Los monasterios se levantan, se desenvuelven y se extienden envueltos en la luz resplandeciente de los prodigios y de los milagros, con la cual el pincel cristiano circundó en nuestros templos la cabeza de multitud de santos monjes y eremitas.

Y es que el monje auxiliaba á la naturaleza, cooperaba á su deseo, era promotor esforzado de la vida y de la felicidad, distribuidor generoso á todos de la parte que, aun á los más pequeños, corresponde aquí abajo; y por eso Dios le miraba amante y compasivo.

5 En España y en todo el mundo los monjes fundan también en las islas deshabitadas, que fecundan con su constante trabajo.

Las islas pequeñas eran predilecto lugar para los anacoretas, que poblabron muchas en el mar Adriático y en el

Tirreno, y en España, entre otras, las de San Simón y San Antonio en frente de Redondela y apartadas de ella como dos millas.

A fines del siglo xvi los benedictinos de San Juan del Poyo pasaron á estas islas, donde hicieron edificios y plantíos, alumbrando aguas. En la de San Antonio labraron una ermita consagrada á dicho santo, abriendo un pozo de doce pies de profundidad, y en la de San Simón una gran cisterna de quince pies de hondura, que constaba de 17 escaleras.

Jacobo Castro en su obra «Arbol genealógico», impresa en 1722, dice así: «La isla de San Simón se halla toda poblada de árboles y conserva un convento en el mejor estado de decencia, ornato y devoción. El mismo cronista afirma vivieron en esta casa religiosos de vida ejemplar: Fray Francisco de Herrera, comisario general del Pe-



rú, componiendo también allí sus obras el ilustrado Fray Pedro de Figueroa. Ambas islas, decía Taboada en 1840 en su descripción de Vigo, hablando de San Simón y San Antonio, están unidas por un placer de piedra y arena que invade durante ocho horas la pleamar, obra, sin duda, de los monjes.

Las islas pequeñas y solitarias, visitadas solo por los pájaros y los náufragos, en cuyos bordes desiguales y varios muerde el mar á cada instante con rugiente furia, eran lugares predilectos de los anacoretas y muy propios para la contemplación estática, y para entregarse en ellas por entero á las efusiones misteriosas del corazón.

6 El cultivo monacal, robando la espontaneidad nativa al bosque, acotando prados á las márgenes de los ríos y de los eremitorios, alumbrando aguas y puliendo y hermooseando las rocas y los sitios más agrestes, exten-

diendo útiles cultivos por las laderas y ribazos pedregosos, lo dulcificaba y entonaba todo á la par con la religión, congregando las gentes, despertando la afición y el estímulo á la vida rural, y mellando con el esplendor de la fé hasta los espinos y abrojos del bravío matorral.

En los bosques del norte de España, donde crece arboreo el *espino albar*, era frecuente entonces el mirar imágenes entre su alegre follaje, y en el tronco ahuecado de los más añosos, capillitas consagradas á la Virgen (1).

Así se enlazaba diestramente en todo la vida religiosa y el material progreso, y así palpitaba, hasta entre la espesa maraña de la selva, una fuerza

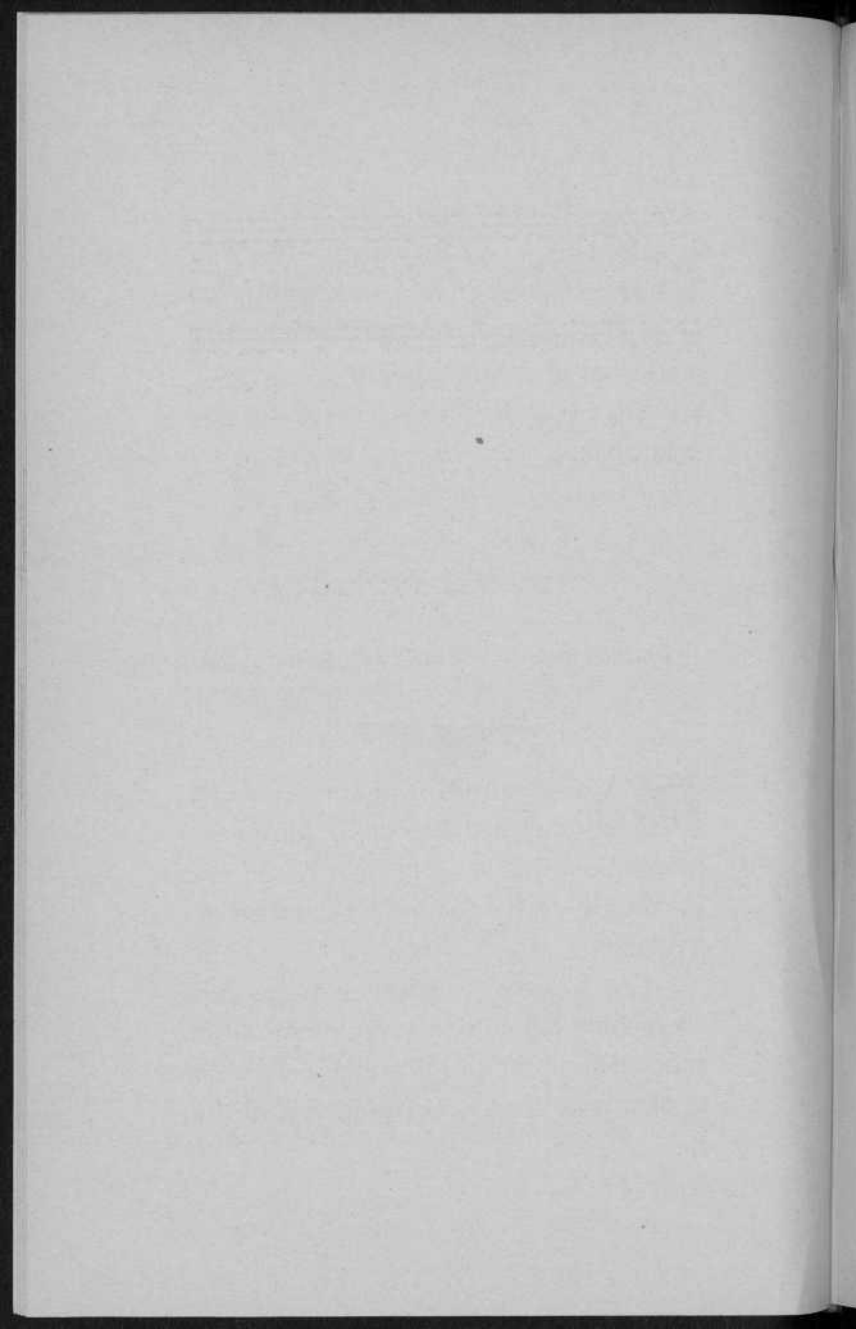
---

(1) Las más célebres capillas de esta clase en Europa, procedentes casi todas del siglo v, son las del tejo de Routaf (Eure) y la del roble de Allouville (Sena inferior.)

Du Breuil.--*Cours d'arboriculture*, página 68.

de adhesión y una fé viva, que habían de alzar, más tarde, el sacrosanto ideal de la pátria, en el que se funden, por modo misterioso, todos los amores de nuestro corazón y todas las grandezas del espíritu.







### III

#### Fomento de la arboricultura

1. Plantas útiles.--Plantas de adorno y sombra.--3. Jardinería.--4 Influencia moral.

**L**A agricultura romana era una agricultura desequilibrada en su geponía y en su vida real. Catón era partidario de los prados y Columela de las viñas.

Los monjes conciertan todos los elementos del cultivo y engranan en el mecanismo del predio-rustico la viña el olivar, la huerta, el prado y la tierra,

Bajo este punto de vista la agricultura monacal marca un singular adelanto.

Hay tres plantas, ha dicho Stade (1) que revelan una agricultura cuidadosa y diestra: el olivo, la vid y la higuera.

Enseñan al hombre á emprender trabajos cuya recompensa está en el porvenir, le hacen conducir aguas, construir acequias y estanques, transportar tierra fértil ó peñas calentadas por el sol, recoger piedras y amparar el dominio con muros.

Estas tres plantas las cultivaron con afán los monjes españoles en sus granjas, decanías y huertas.

Lo mismo en los monasterios que ya hemos nombrado, como en los de San Martín de Ferrán (fundado en el año de 772) como en el de San Pedro de Eslonza, como en el de San Román

---

(1) B. Stade. Historia del pueblo de Israel, pág. 153.

de Doniscle, los monjes cuidan, después de romper el terreno de monte, de plantar viñas

Aun se conserva en España la supremacía y fama de algunos vinos obtenidos en los dominios conventuales, como los de las Cartujas de Scala Dei y Portaceli en Cataluña.

El olivo fué también un árbol de predilecto cultivo, sobre todo la variedad *olea sativa hispanica*, cuyo aceite se clarifica por si mismo.

Los riegos después del basureo, y la limpia dejando buena guía, mantenían frondosos los olivares, que amenizaban el paisaje en las lomas bajas con su tinta gris mate, en la estación en que aun no han brotado nuevas hojas.

Los *pomares* de los monasterios, que formaban los monjes en casi todas las fundaciones á la par que el viñedo, estaban constituidos por *perales* y *manzanos* muy principalmente, árboles á los

que se agregaban los cerezos, albaricqueros, melocotoneros, membrillos y granados, introducidos por los romanos en España é Italia después de sus conquistas en Asia y Africa (1).

La facil conservación de la manzana y de la pera, y el hermoso ropaje de las flores en los árboles que las producen, diéronles la supremacía para alegrar los contornos de los conventos, llenando con sus frutos las cuevas y tudas de los anacoretas, que solo comían sustancias vegetales sin aderezar en ciertas épocas de rigurosa penitencia.

Los monjes fomentaron en extremo la arboricultura, según se desprende de las mismas etimologías de muchas variedades de peras y manzanas españolas. ¿Quién no percibe, en efecto, á través de los nombres de las «*peras de buen*

---

(1) Exámen histórico-crítico de la flora hispano-lusitana por don Miguel Colmeiro, página 9.



*cristiano» de San Germán, de San Miguel Arcangel y de San Francisco, el trabajo meritorio de los religiosos, y quién no lo nota asimismo en las manzanas llamadas de Santa Teresa, de San Lorenzo y de Santa Rita?*

2 Y no fué menor el celo de los monjes por la propagación de las plantas de adorno y sombra y por todas apropiado para setos aquellos que eran bosquetes, circunvalaciones y para industrias ó usos más ventajosos.

Según Escolano, en la huerta del monasterio de Nuestra Señora del Jesús de Valencia, de monjes franciscos, se cultivó por primera vez en España *la pita*. Y es evidente que á esta planta debe de referirse Escolano, pues dice, hablando de sus propiedades: «De su corteza y hojas se saca como cáñamo.»

En el propio monasterio se introduce también por los monjes, antes que en parte alguna de Europa, *el cardon* (Eup-

horvia officinarum L), *mamey* en lengua valenciana, cuyo jugo, dice Escolano, cura las berrugas (1).

Religiosos españoles llevan la grosella á Italia, arbusto que forma ameno cordón en las granjas y perfil airoso de ariates, canastillos, fajas y almohadillados en jardines y parques.

En la huerta del convento de La Verde, á orillas del Duero (Salamanca) se cultivaba el *pino uñal*, variedad rara del *pino piñonero*, traída allí probablemente de la provincia de La Beira (Portugal). Aquellos religiosos cultivaban también en su huerta los limoneros y naranjos, siendo los primeros que introdujeron tan ricos árboles en esa parte de Castilla la Vieja (2).

Al pie del monasterio de San Mar-

---

(1) Escolano.—Historia del Reino de Valencia, tomo 1, col. 74.

(2) Algunos dicen que Santo Domingo plantó en Roma el primer naranjo en el átrio del convento de Santa Sabina.

de Castañeda (Zamora) situado á la margen del lago de Sanabria, formado por las aguas del Tera, se extiende el hondo valle de la Cueva, donde los monjes propagaron el avellano, el tejo, el peral y el manzano formando con todas esas plantas amena y deliciosa selva.

El avellano, hoy allí asilvestrado, forma setos vivos y cordones á la margen de los prados y cerramientos.

El avellano y el acebo eran el seto predilecto de los religiosos, florido al principio de la primavera y alegre cintura, por tanto, de huertos y de praderas.

El avellano, que cobija siempre en los églogas de Virgilio y en los idilios de Teócrito luchas pastoriles y escenas rurales, despierta en el alma ideas dulces y tranquilas, siendo como un reflejo de la naturaleza primitiva.

También el arrayán embellecía los círculos y cuadros de los jardines con-

ventuales, docil al trabajo de la poda y que lleva en su permanente follage un recuerdo de la eternidad, y en sus flores un suave aroma. que penetra hasta en la fibra de su rojizo y compacto leño.

El boj constituía cordones en los parterres de las cartujas, así como el ciprés, símbolo del dolor y de la muerte, por su oscura copa y por no tornar á brotar.

El valle de Batuecas (Salamanca) lleno de ásperas malezas, cámbianlo los monjes del Yermo de San José allí establecidos en hermoso bosque, donde vivían en armónico consorcio árboles de todas las latitudes, plantas de distintas zonas y frutos que la naturaleza separó muchas leguas, alzando entre sus áreas de dispersión elevadas cordilleras.

¡Tanto puede el trabajo, la destreza, la observación continua y el ahinco perseverante que infunde una creencia!

Hasta las ermitas tenían á su alrededor flores, jardines, verdor y vida, que el monje mantenía diariamente con el trabajo de sus manos, el celo, el cuidado y el auxilio oportuno de la labor y del riego.

Recorriendo, hace ya 30 años, el ameno valle de Batuecas, apuntamos, entre otras, las siguientes especies de árboles, propagados allí en espeso y delicioso bosque.

- 1 Olivo.
- 2 Acebo.
- 3 Plátano.
- 4 Lentisco.
- 5 Acebuche.
- 6 Sauce sarga.
- 7 Sauce llorón.
- 8 Alcornoque.
- 9 Peral.
- 10 Cornejo encarnado.
- 11 Sauce blanco.

- 12 Catalpa.
- 13 Castaño de Indias.
- 14 Nogal.
- 15 Avellano
- 16 Laurel.
- 17 Cedro.
- 18 Roble.
- 19 Ciprés.
- 20 Tuya.
- 21 Mirto.
- 22 Árbol del Amor.
- 23 Melocotonero.
- 24 Azufaifo.
- 25 Granado.
- 26 Limonero.
- 27 Naranjo.
- 28 Higuera.
- 29 Castaño.
- 30 Encina.
- 31 Fresno.
- 32 Abedúl.
- 33 Chopo blanco.
- 34 Aliso.

- 35 Arce.
- 36 Morera.
- 37 Moral de la China.
- 38 Ojaranzo.
- 39 Tejo.

En el precioso valle salmantino se ostentaban los más brillantes matices de las flores, los más vistosos coloridos en las cortezas, los perfiles más elegante de hojas permanentes, rompiendo con su verdura la uniforme monotonía de la naturaleza, en la estación en que, al parecer, duerme en nuestros climas. Entre aquellos espesos murallo-nes de rocas se habían concentrado las plantas que privilegian la hermosura de la forma, el vigor del colorido y la suavidad del aroma, cercando con ellas prados, huertos, jardines, grutas y cenadores.

Así se desenvolvían por nuestros monasterios los goces del espíritu, pi-

diendo á la tierra con el trabajo, no solo las producciones indispensables para las necesidades materiales de la vida, sino algo superior, algo como un remedo de la vaga naturaleza, que recordará constantemente al alma prisionera su celeste y sublime alcurnia.

3 Los monasterios españoles no solo conservan, como en arca santa, toda la cultura agrícola de los romanos, sino que la afinan, pulen y atildan, dándola más puros y ámplios horizontes.

La jardinería desenvuelta por los monjes españoles demuestra completamente esta afirmación.

Los religiosos de Celanova (Orense) cultivaron el arte de la jardinería y ejecutaron en el siglo IX los primores de los parques suizos actuales. Cercaron el jardín de laureles y de arrayanes, que distribuyeron en anchas calles terminadas con vistosos arcos de jazmines. En las eras del jardín y con las flores y



yerbas olorosas habían formado los monjes preciosos adornos, que representaban las armas de San Rosendo y de San Benito y las letras iniciales de los sagrados nombres de Jesús y de María. En este mismo sitio había á trechos grandes y olorosos naranjos, que esparcían un suave y delicioso aroma, recreando la vista con el oro de sus frutos, el verde brillante de sus hojas y el blanco nacarado de sus fragantes flores.

El fervor de espíritu de aquellos ermitaños, dice el P. Yepes, debe de templar la frialdad de la tierra, que, aunque no muy fría, es más de lo que puede sufrir este árbol (1).

Cada monasterio era un oasis del territorio; así es que el de Hirache, cerca de Estella, se alzaba entre espesa sombra de frutales, recreo y esparci-

---

(1) Fray Antonio de Yepes. O. e.



miento de la vista, por lo cual el Papa Alejandro III, en bula expedida á favor del convento, púsole de sobrenombre *Monte alegre*.

La huerta del monasterio de San Salvador de Oña, (Burgos) tenía un contorno de una legua, y estaba llena de frutales varios y de primorosos jardines (1) y al monasterio de San Pedro de Arlanza, á una legua de Covarrubias, se llegaba por una frondosa alameda de más de media legua.

4 Este vestimiento de los campos y este celo por embellecerlos y amenizarlos, tenía una grande influencia moral, porque la tierra, adornada con las galas de la vegetación y de la vida, es lugar predilecto de goces, de reposo, de regeneración y de perfeccionamiento.

Por esto, sin duda, los religiosos se

---

(1) Florez.—España sagrada, tomo 27, página 251.

esforzaban, tanto los anacoretas como os que vivían en comunidad, por acrecer á su alrededor las impresiones naturales más dulces y á la par más grandiosas.

Es tal la acción que ejerce el campo embellecido con sus dones sobre el espíritu del hombre, que uno de los médicos más grandes de nuestra época, ha hallado el solo remedio (paleativo las más de las veces, curativo algunas) de la locura, en el contacto frecuente de los infortunados seres que la padecen con los fenómenos y espectáculos naturales. En los grandes jardines y bajo la sombra de los árboles, los enajenados hallan momentos de calma, lenitivo á sus torturas y algunas veces momentos plácidos de lucidez (1).

Aun hay gentes que juzgan que

---

(1) A. Burger-Du *deboisement des campagnes*, pág. 54.

Rousseau y su discípulo Bernardino de Saint-Pierre fueron los primeros en inventar *el amor* á la naturaleza. Los monjes, antes que ellos, lo conocieron y profesaron con mucha más verdad y poesía.

San Bernardo escribía al principio del siglo XII que los montes, las montañas y las rocas encierran más lecciones que todos los maestros (1).

Por eso, hablando de los cenobitas, ha dicho con razón el abate Martin: «Dos grandes libros bastaban á sus profundas meditaciones: la Santa Escritura que jamás abandonaban, y la naturaleza» (2).

El amor á lo bello, sentido por modo vivísimo, era para el monje un segundo alimento, que sostenía su corazón y le animaba con nuevo soplo; y

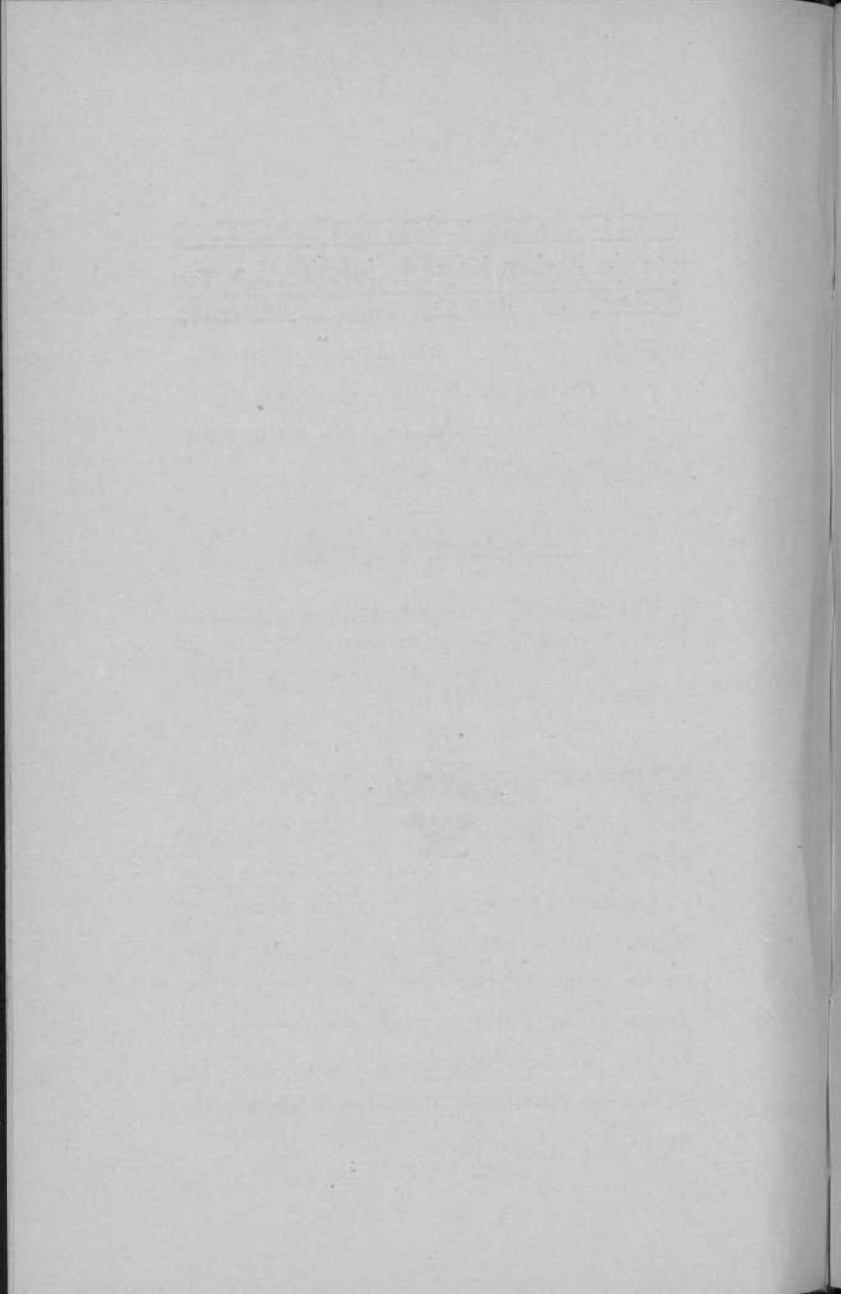
---

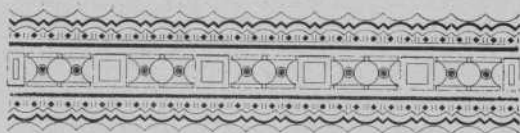
(1) San Bernardo epístola CVI.

(2) Les Moines, por M. L'Abbé F. Marin, Tomo 1.º pág. 71.

esto sin límites hasta lo infinito. La naturaleza le llamaba incesantemente, aumentando sus sentimientos de ternura por medio de la interpretación fácil y conmovida del alma de las montañas y de las voces de la soledad.







## IV

### Las industrias agrícolas

1. Variedad del trabajo según los lugares.—
2. Aprovechamiento de aguas.—3. Vinicultura.—4 Industrias artísticas.—5. Propaganda y fecundidad.

**D**ESENVOLVIERON los monjes el trabajo diestramente en todas partes y lo dirigieron con ingenio según los sitios. De suerte que allí donde el terreno no se prestaba para la agricultura, se consagraron á la ganadería, y en donde ni una ni otra podían vivir y acrecerse, por las ingratas condiciones del suelo. se empleaban en los trabajos de mano.

Los monjes de Cardeña vivieron de la fabricación de cestillas de mimbre y otras *bujerías*, dice Sandoval (1) 120 años entre los moros, desde el de 714 al de 834 en que se efectuó la bárbara matanza de aquellos virtuosos religiosos.

El monasterio de Hirache, cerca de Estella, desenvolvió tan poderosamente la ganadería, que llegó á poseer 10.000 cabezas de ganado, entre cabras, ovejas, yeguas y vacas. Dicha casa repartía anualmente ganados por los pastizales de Castilla, á cuyo efecto, el rey don Fernando dió al monasterio privilegios y exenciones considerables.

En el monasterio de Poblet (Tarragona) había en 1316, tierras, viñas, olivares, 53 bestias de carga, 40 caballos, 1100 cabezas de ganado vacuno, 2290 ovejas, 1500 cabras y 161 puercos.

El personal del monasterio se com-

---

(1) Sandoval.—Fundación de los monasterios de San Benito, Fol. 37.



ponía de 92 monjes, 55 hermanos y 50 criados (1).

En Asturias, donde hubo 87 monasterios y más de 50 en Galicia, los religiosos introdujeron desde el siglo VI la fabricación de la sidra, del modo que aun se conserva en nuestras provincias septentrionales.

El monasterio de San Martín de Castañeda, al pie del lago de Sanabria, fomentó en extremo la pesca. Los monjes sacaban las truchas en grandísima cantidad valiéndose de red marina.

El monasterio de Rivas del Sil, (Orense) tenía grandes plantíos, extensas viñas y fértiles heredades, y el de San Salvador de Cenís, una legua de

---

(1) Anales Aiguebelle.—Tomo. 1. página 225.

En esta Abadía existían también talleres de herrería, de cerrajería y carretería. Fué fundada 1154 (Madóz.--Diccionario geográfico, tomo 13, página, 94.

Betanzos, viñedos considerables en la ribera del Miño.

La vega del monasterio de Sahagún, regada por el Cea, estaba cultivada con una singular destreza y las huertas podían competir por su amenidad con las de la vega de Granada (1).

El monasterio de Dueñas tenía una serna fertilísima y afamada y una huerta sin rival, y San Pedro de Eslonza una granja con toda clase de árboles, legumbres y frutos, que destruyeron los moros.

2 Hicieron también los monasterios obras importantes para el saneamiento de los sitios donde fundaban monasterios y para el riego de los plantíos y heredades.

Para levantar en Galicia el convento de San Lorenzo de Carguero, robaron cauce al río y ensancharon con fir-

---

(1) Yepes O. c. fol. 172, tomo 30.

mes terraplenes la angostura y estrechez de la ladera.

En San Pedro de Arlanza, en las montañas de Burgos, recibieron el caudal del río en las grandes cuevas del monte, donde movía un molino, volviendo después la corriente sobre su curso para dar vida y frescor á alamedas, choperas y bosquetes.

En el monasterio de San Gerónimo de Cotalba (Valencia) hicieron los monjes un acueducto y hermoso algibe y un pozo de 115 palmos y 90 de agua (1).

Algunos han atribuido á los monjes la invención del artificio utilísimo del *drenaje*, que pusieron, con efecto, en práctica en algunas huelgas y charcales. Otros atribuyen ese medio de saneamiento á la moderna actividad inglesa; pero ni unos ni otros están realmen-

---

(1) Escolano.—Historia del Reino de Valencia.—2ª parte.—fol. 1185.

te en lo cierto; pues Columela, que escribió su libro de *Re rústica* por el año 42 del siglo I. habla ya de esa mejora como de una cosa generalmente aplicada en su tiempo. Solo existía la diferencia de que entonces las zanjas de desagüe no llevaban, como llevan ahora, tubos canales de barro cocido.

Los bernardos del monasterio de Piedra (Zaragoza), regaban su hermosa huerta por medio de una acequia, que conducía el agua del río, que corre en dirección NO. y las huertas de la Cartuja de Portaceli (Valencia), estaban regadas por el agua de grandes balsas formadas diestramente con la sobrante del acueducto.

3 Tanto en la Cartuja nombrada como en la de Escala-Dei, al pie del Monte Santo (Tarragona), existían grandes establos, lagares, bodegas y molinos de aceite. En la de Escala-Dei, fundada en 1163 en la comarca llamada

«El Priorato», existían hermosos jardines, grandes cisternas, hornos de pan y fábrica de aguardiente. El convento era en realidad un pueblo populoso, pues tenía viviendas para 200 obreros, entre herreros, carpinteros y albañiles (1).

La Cartuja de Portaceli, fundada en 1272, fomentó extremadamente la viticultura y la arboricultura, pues hizo extensos plantíos de vid y algarrobos cuando era general de la orden Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente (2).

La bodega del monasterio de Portaceli fué tan admirable y célebre, que llegaron á conservarse en ella 1811 madres (3).

Es, pues, de todo punto evidente

---

(1) Madóz. Diccionario geográfico y estadístico. Tomo 7, página 508

(2) Escolano. Historia del Reino de Valencia. 2ª parte, col. 861

(3) Madóz. Diccionario geográfico y estadístico. Tomo 13, página 158.

que los monasterios cultivaron con destreza todas las industrias agrícolas más importantes, fomentándolas todas sabiamente, y desarrollando, muy especialmente, la fabricación de vinos, aceites y aguardientes.

4 Pero no solamente debe atribuírseles esta gloria, sino la mayor de iniciar y desenvolver industrias artísticas, muertas hoy completamente en España.

Los monjes del Yermo de San José de las Batuecas, en la provincia de Salamanca, que habían cubierto el valle, como ya hicimos notar, con diferentes especies de árboles, se consagraban en las horas de trabajo manual, no solo al cultivo de los jardines, sino también á la labor del corcho, con cuya corteza hacían molduras y adornos que chapeaban las estanterías de la rica biblioteca del monasterio. Llegaron en esta industria, (la de la elaboración artística del corcho) á tal grado de perfección, que hasta hi-

cieron de corcho una artística matrona, que colocaron en la portería, cuya figura tenía un dedo en la boca, para indicar al discreto viajero que aquel era un lugar de oración y de silencio.

La finura del corcho de Batuecas, su estructura compacta y su blancura, le hacían materia apropiada para toda clase de manifestaciones artísticas y de obras de mano. Así es que los monjes hacían también con el corcho vasos, tazas, platos y cuantos útiles eran necesarios para la mesa.

Generalmente el corcho que trabajaban en la fábrica era el procedente de los alcornoques de la dehesa de Batuecas (1).

5. Eran, pues, los monasterios cen-

---

(1) Un mundo desconocido en Extremadura, por D. Martín Santibañez. Número 147 de «La Defensa de la Sociedad,» 1º, de Noviembre de 1879.

tros de trabajo, norma de enseñanza práctica y de ilustración en todas sus fases.

De cada uno de ellos irradiaban á cada paso monjes á otros desiertos y á otros países, en donde, tras largos años de sufrimientos y de trabajos, hambres y sudores, se alzaba la cruz y la fertilidad, como obra de la perseverancia y de la fé.

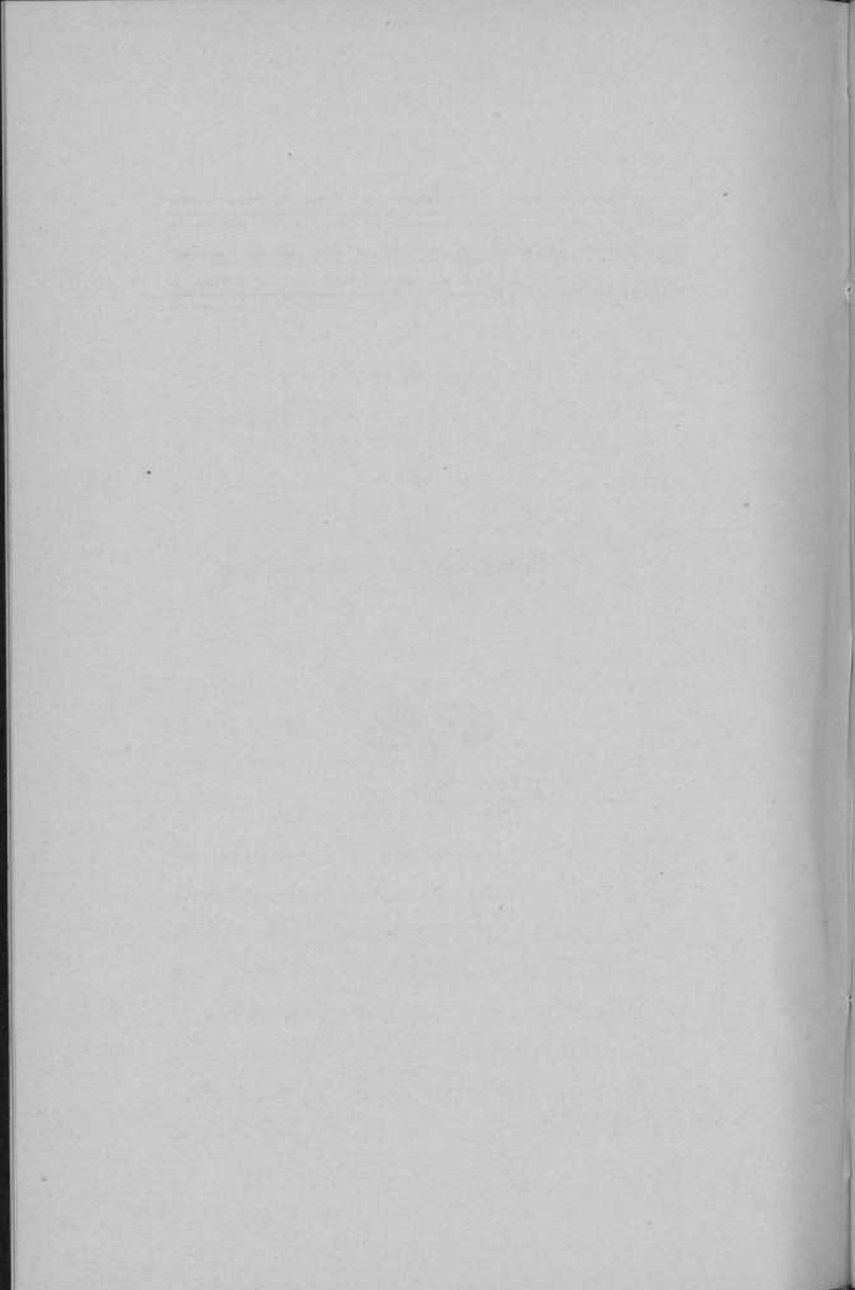
No había necesidad social que no tuviera en su apoyo una institución religiosa; por eso los benedictinos pueblan numerosos hospitales en Italia, Francia, Alemania y España; y siendo muchos hijos de príncipes y de grandes señores, criados en la abundancia y en el fausto, se volvían pobres por Jesucristo y pedían limosna para socorrer á los necesitados y mendigos.

Los benedictinos españoles han predicado, han labrado la tierra, han ayudado en los hospitales, han servido en



las cocinas y hospederías, acomodándose, inflamados por la más ardiente caridad, lo mismo á las penas de la vida activa que á los tormentos de la contemplación y de la meditación penitente.







## Conclusión



**L**OS monjes, pues, desbrozaban el suelo, conquistaban el terreno á las fieras, encauzaban los ríos, roturaban el suelo erial, cuidaban y cercaban los prados y sernas, formaban huertas y convertían en viñedos la pendiente soleada y meridional. Asimismo enseñaban y practicaban las múltiples indus-



trias agrícolas y habrían los primeros mercados.

¿Quién, pues, podrá negar á los monjes los grandes servicios prestados á la agricultura, á las industrias y al comercio nacional, ni el título de maestros del pueblo? ¿Quién será insensible á las magnas leyendas de esos hombres, cuyos heroicos esfuerzos tanto han aprovechado á la humanidad?

El convento, dice Scher (1) había de representar un mundo por sí solo, satisfaciendo á todas las necesidades y fines religiosos, científicos, industriales y artísticos de aquel tiempo; debía ser al mismo tiempo un establecimiento de salvación para el cuerpo y el alma: hospital, albergue, escuela, biblioteca y taller (2).

---

(1) Veinte siglos de historia alemana, tomo I. pág. 182.

(2) Los monasterios españoles, por serlo

A los monjes se debe el conteni-  
miento del trabajo demoledor de los bár-  
baros en la civilización española. La pa-  
labra elocuente de los religiosos sonó  
en Oriente y en Occidente, secando allí  
la causa de la transmigración de los  
pueblos y levantando aquí la fé y la ci-  
vilización cristiana, tras doloroso y tre-  
mendo naufragio. Deshechos los pue-  
blos, los templos, las labores y la vida  
toda, los monjes escalaron las alturas de

---

todo, fueron mansión predilecta de los reyes  
y centros de educación de los príncipes.

El rey de Navarra don Sancho, pasaba  
grandes temporadas en Oña con su íntimo  
amigo el Abad Iñigo, á quien llevó don Ra-  
miro á la conquista de Calahorra (año 1045.)

El rey don Fernando el Magno y su mujer  
doña Sancha, eran devotísimos de los monjes  
de Sahagún, viviendo allí grandes tempora-  
das. Cuenta Sandoval que este rey regaló al  
convento un vaso de oro por uno de vidrio  
que rompió en el refectorio comiendo con el  
Abad.

los montes y las crestas de las serranías como las águilas, y fueron irradiando poco á poco desde aquellas cimas nueva luz y nueva vida, nueva cohesión y fuerza en la deshecha sociedad, alzando el derecho cristiano, impregnado de amor y de caridad, sobre el derecho bárbaro de la fuerza.

La cruz nunca abandonó la cumbre de las montañas españolas: así es que cuando Leovigildo pasó por la Cantabria, ya encontró hecho el monasterio de Valbanera, que respetó, con ser arriano, y con él la sagrada y hermosa imágen de la Virgen, guardada durante la invasión sarracena en el tronco ahuecado de un roble.

Cuando los arietes de los guerreros desmoronaban los pueblos y el fuego reducía á cenizas montes y campos, el monje que salvaba del general desastre se perdía en las montañas, cerrando con cantos la cueva natural ó formando

con palos y ramas rústico y provisional albergue.

Desde aquellas alturas, donde las yerbas acortan su tallo y los árboles se achican y retuecen, marcando la opresión de sus tiranos, la borrasca y la nieve, el monje pedía á Dios paz para su pátria y luz para las inteligencias.

En esas noches temerosas de las montañas en las cuales el viento troncha los árboles seculares y el frío petrifica la nieve del ventisquero, que remeda un mónstruo de hielos piedragudos; en esas terribles horas en que los más animosos desmayan, hostigados por el terror, el monje estaba tranquilo, porque Dios velaba por él y amoroso le sostenía contra el empuje formidable de los elementos desencadenados.

Cuando más tarde la maleza cubría, como ámplio sudario, las tierras más fértiles y la soledad y el silencio reinaban en el recinto triste de los pueblos,

antes populosos, allá en lo alto de la montaña se divisaba, entre los picos de las rocas, la cruz de la ermita del cenobita, que oculto en la negra cogulla labraba el pedazo de tierra, arrancado en fuerza de sudores al páramo ó á la torrentera de la vertiente.

Aquel monje era la alborada de un nuevo día, el anillo misterioso que había de enlazar el pasado y el porvenir, la semilla fecunda que debía aportar más tarde al desierto valle el esplendor de una civilización, en la apariencia muerta; pero señora de todas las civilizaciones, como hija purísima del cielo.

Con razón ha dicho Philippsón: «La iglesia católica es el organismo más colosal de la historia. En vano los bárbaros en su irrupción se lanzaron, como gentiles ó arrianos, contra ella; pocos siglos después eran ellos los más fieles miembros de la misma Iglesia.



¿Qué política, qué institución, añade ese historiador nada sospechoso, ha unido, como ella y en grado tal, la elasticidad y la fuerza? (1).

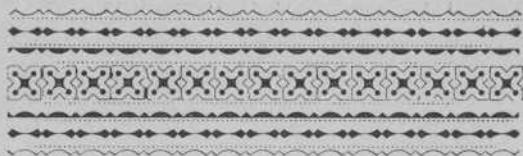
---

(1) *La Europa Occidental* por el doctor Martin Philippsón, pág. 2<sup>a</sup>



Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

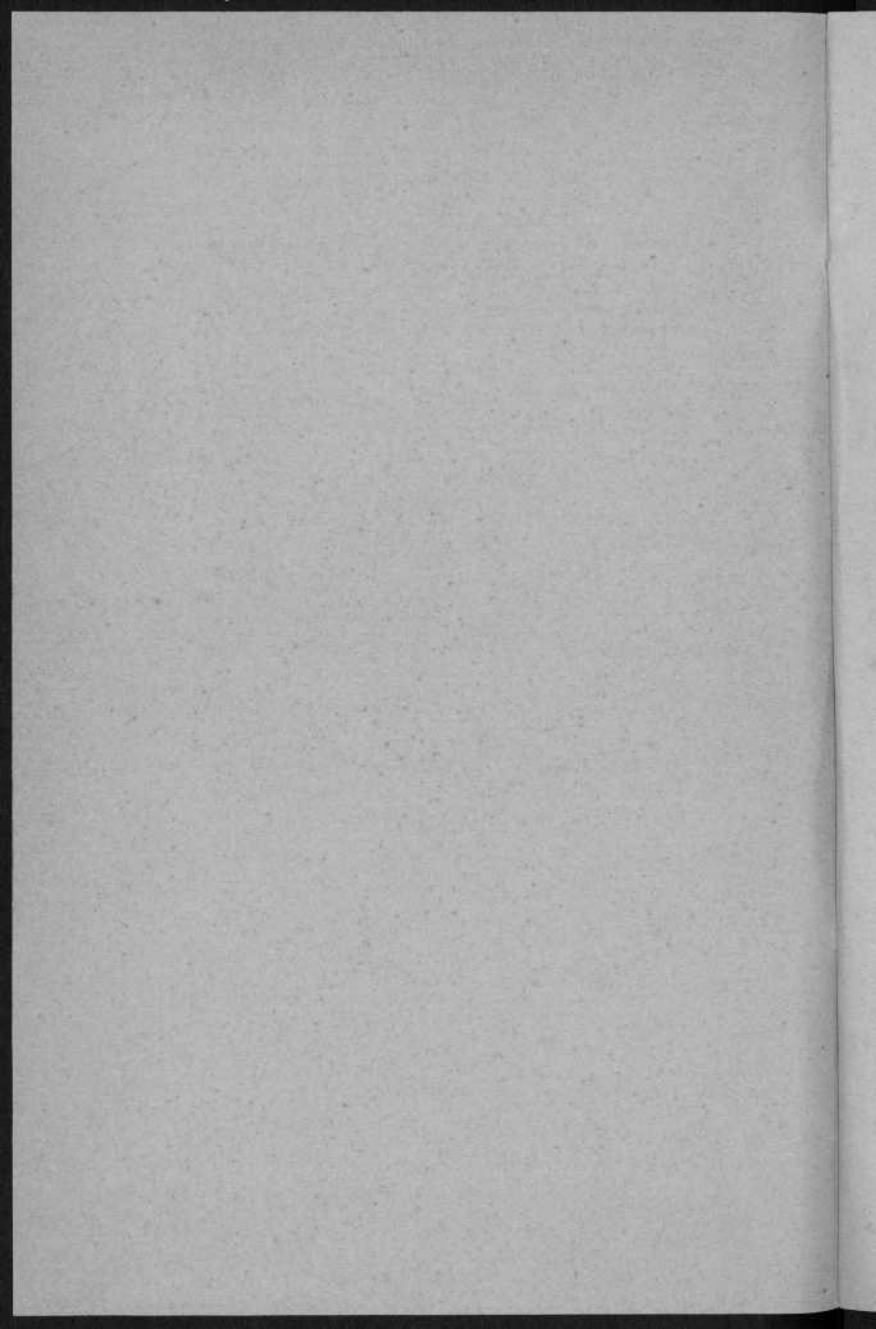
# INDEX

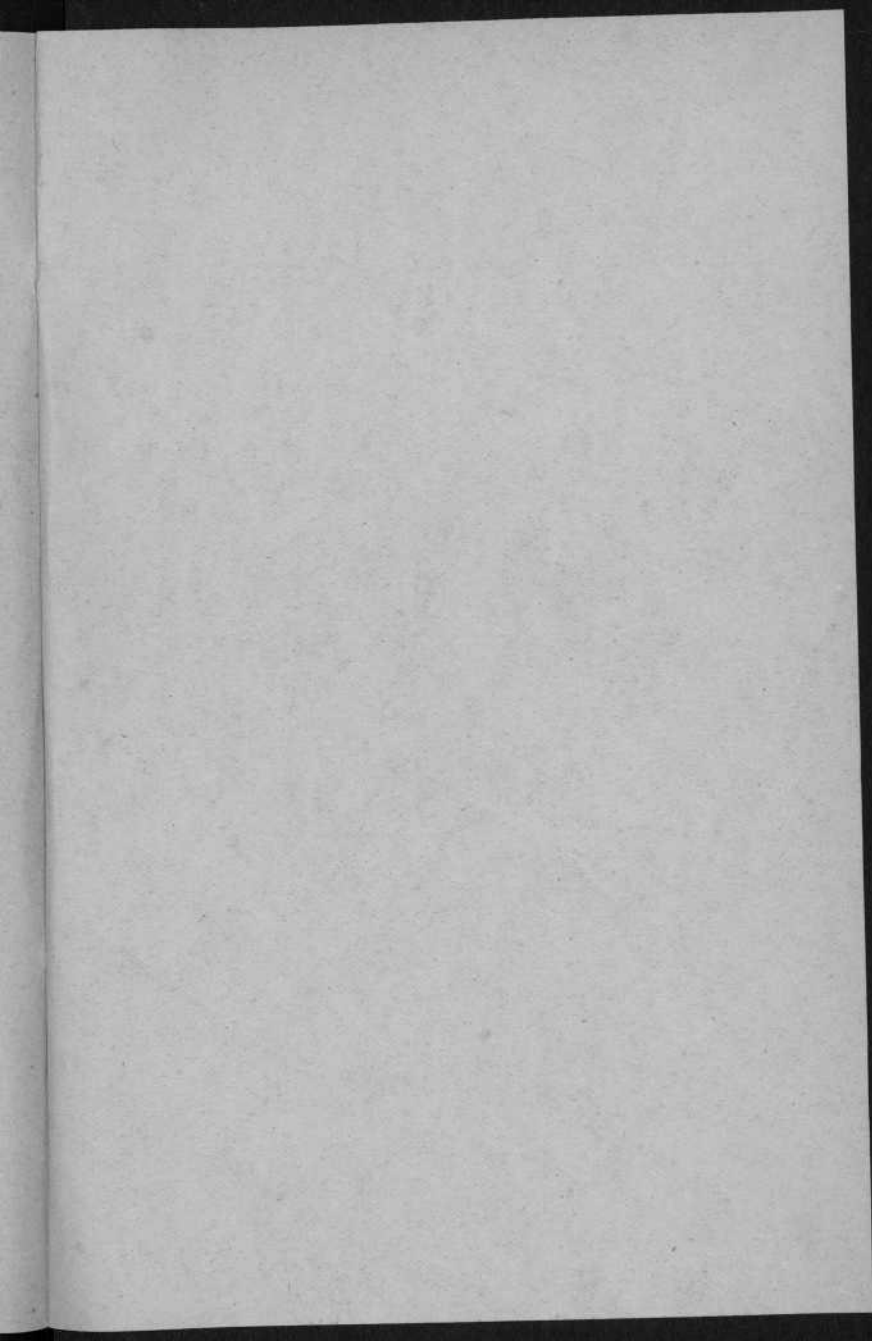


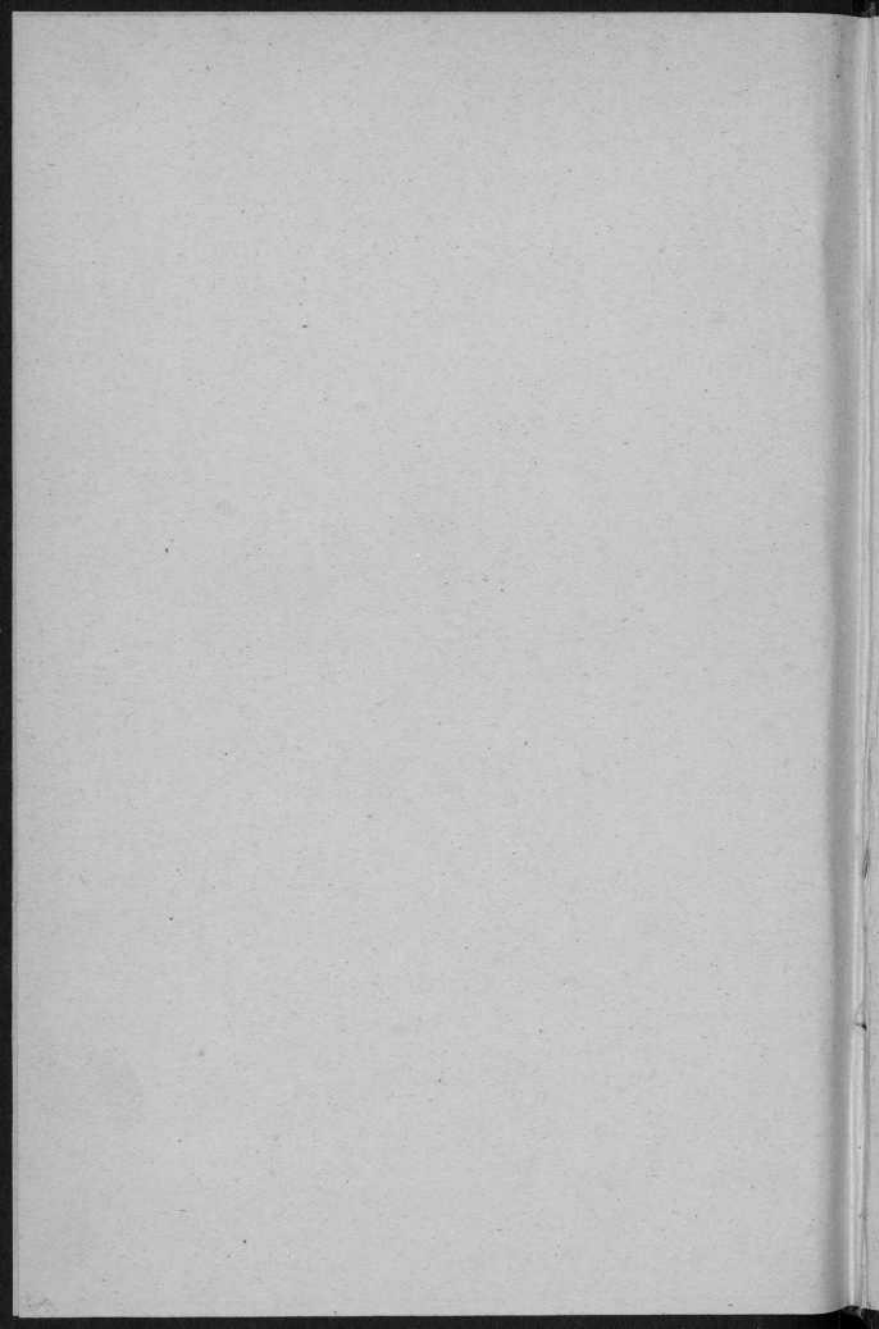
# INDICE



|                                   | PAGINAS |
|-----------------------------------|---------|
| ADVERTENCIA PRELIMINAR . . .      | 5       |
| Los primeros esfuerzos.. . . .    | 9       |
| El trabajo rural de los monjes... | 31      |
| Fomento de la arboricultura.. .   | 49      |
| Las industrias agrícolas. . . . . | 67      |
| CONCLUSIÓN. . . . .               | 79      |







271 (40)

15.



LIBRARY

FOR  
UNIVERSITY  
OF  
MICHIGAN  
ANN ARBOR

5.00